

De Charín a Rosario

M. Carmen Hernández Martín
Universidad de Sevilla

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.06

Intento hacer una genealogía de la obra de Rosario García del Pozo, las condiciones que la hicieron posible y las que pretendieron obstaculizarla, convirtiéndola en pensamiento nuevo, y en una práctica rupturista, en que todo discurso crítico era bien acogido, y cuyo motor era la idea foucaultiana de hacer de la vida una obra de arte.

Octubre de 1970. Primer día de curso en la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla. Allí estaba yo que había conseguido por fin matricularme de los cursos comunes al suprimirse el requisito de tener el bachillerato de letras. Allí estaba yo rodeada de niños y niñas de 18 años, recién salidos del colegio, sintiéndome, con mis 30 años recién cumplidos, la persona más vieja del mundo. Y allí justo delante de mí estaba sentada Charo con una camisa con pinturas de cabezas, completamente ambientada como una dieciochera más. Y Charo tenía ya entonces tres hijos, la mayor estudiando, o a punto de estudiar, Farmacia.

En esos tumultuosos cursos de los últimos años de Franco, en que estábamos continuamente en huelga profesores y estudiantes, nos hicimos particularmente amigas, Charo, Elisa de la Nuez, que ya era amiga suya, Amalia Rodríguez, y yo. Amalia era mucho más joven, ella sí venía directamente del colegio, pero tenía una madurez heredada de los pintores Rafael y Juan Antonio, su padre y su tío respectivamente. Elisa, que había querido ser cantante de ópera, era familia de los actores de la Torre, y también de Ramón Carande. Charo, por su parte, tenía la herencia intelectual de su padre y de su abuelo. La farmacia de García Boada, de la calle Orfila, había sido lugar de encuentro de intelectuales con inquietudes profundas y visiones políticas.

Creo que uno de ellos era Patricio Peñalver el matemático (Don Patricio) que había sido profesor mío en 1º de Química, y era el padre y abuelo de los filósofos Patricio, Mariano y el joven Patricio, sin olvidar a Casilda que se inclinó hacia la Pedagogía.

Charo, entonces Charín, se casó muy joven, y en una época en que las mujeres lo teníamos tan difícil, eso pudo haber sido un obstáculo insalvable. Pero tuvo la suerte de encontrar un compañero completamente fuera de serie que la comprendía, la animaba y la admiraba profundamente. Paco era una persona tan inteligente que consiguió crear un importante negocio propio a pesar de los problemas de la ruptura de la gran empresa familiar.

Cuando terminamos los comunes, el grupo se dividió porque Amalia y Elisa decidieron hacer Historia de América, mientras que Charo y yo sólo pensábamos en la Filosofía (Filosofía pura que se llamaba entonces). Pero en aquella época eran muy pocas las Universidades que tenían esta especialidad, siendo Barcelona la más interesante y la más conectada con Europa.

En la Facultad había grupos de Historia Moderna y de Psicología que estudiaban por libre en la Biblioteca y se reunían con el apoyo de algunos profesores e iban luego a examinarse a Barcelona. Yo decidí hacer lo mismo con la Filosofía, pero no había nadie más que Charo y yo para formar el grupo, y ella pensaba que leer y leer solamente no era lo que quería, que el contacto humano era muy importante. Algo característico de ella este rasgo socrático que siempre la acompañó: le gustaba mucho más dar cursos y el diálogo con los alumnos que escribir. Así que al final se decidió por Historia del Arte, aunque el grupo de Filosofía lo hacíamos de alguna forma por la tarde en su casa de la Avenida. Allí en la biblioteca gigante donde estaban las obras completas de su Nietzsche, que ella había leído sin intermediarios, además de sus admirados Stendhal y Thomas Mann, discutíamos y discutíamos y resolvíamos nuestras frustraciones comiendo milhojas de Filella que estaba enfrente.

En el pasillo los hijos más pequeños, Paco y Jorge, jugaban con soldaditos de plomo. Y de vez en cuando aparecía su hija mayor Rosa, que venía de la Facultad de Granada con su novio José Rentería, el hermano de la pianista, y nos

daban sabios consejos. Porque por supuesto ellos sabían más del mundo que nosotras. Recuerdo haber dicho en más de una ocasión a mi madre, “Charo tiene una hija que es mayor que ella”. Y es que Charo era, y continuó siendo, la juventud en persona.

El tema de la locura y su uso como instrumento de represión le preocupaba de forma vital. Leíamos a Freud y a Ronald Laing el antipsiquiatra, que entonces hacía furor. Y de ahí ya se pasó a *Enfermedad mental y personalidad*, a *Historia de la locura en la época clásica* y a *El nacimiento de la clínica*. Charo se enamoró del estructuralismo, y no sólo de Foucault, sino de Lévy-Strauss, su piedra de apoyo y su referente esencial, al que volvía una vez y otra. *Antropología estructural*, *Tristes trópicos*, *El pensamiento salvaje*.... Más tarde vendría Lacan con su lectura de Freud. Y todo englobado siempre en la crítica y en la filosofía de la sospecha.

Y ya comenzó también por entonces la influencia de Eugenio Trias. No hace mucho me regaló *El canto de las sirenas*, obra dedicada íntegramente a la música y a su valor de conocimiento. Pero en los 70 leíamos sus *Meditaciones sobre el poder*. Aparece aquí el concepto de poder nietzscheano como fuerza creativa contrapuesto al concepto de dominio como opresión, o como poder político. “El poder de llegar a ser lo que uno esencialmente es”, el lema de Píndaro que es recogido por Nietzsche.

Cuando terminamos nos fuimos a Barcelona, buscando directores para nuestras tesinas. Yo me decidí por un estudio comparativo entre Russell y Wittgenstein con Jacobo Muñoz, y como ella ya tenía claro el trabajar sobre Foucault nos entrevistamos con Gomá, con Morey e incluso con Albiac, que estaba entonces en *El viejo Topo*. Pero al final Charo decidió trabajar en Sevilla con Patricio Peñalver, que estaba dirigiendo ya una tesis sobre Foucault. Y fue la tesina y después la tesis.

La experiencia estética era una fuente de conocimiento para Charo, especialmente la proporcionada por la literatura, el cine y la música, desde Thomas Mann, a Mozart, pasando por Visconti y Kubrick. De ahí su especial entusiasmo por *Las palabras y las cosas*, con sus análisis del “Quijote” y de “Las Meninas”. Efectivamente el arte y la experiencia estética, ya era opinión de Adorno, pueden servir como crítica de la razón establecida.

La genealogía, que Foucault recoge de Nietzsche, como el pensamiento divergente de Kuhn, o la deconstrucción de Derrida, se apoyan en una serie de estrategias para liberarse de lo establecido, para pensar o actuar desde fuera, para recoger lo que ha quedado en silencio o en los márgenes.

Y por fin ya estábamos las dos trabajando en la recién creada Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Y allí surgió la amistad con Carmen García Pastor que, desde su dedicación a la educación especial, compartía nuestro interés filosófico por la psiquiatría desde sus orígenes modernos con Pinel, Esquirol e Itard hasta los movimientos críticos de los últimos años. Y ahí empezaban las grandes discusiones. Aunque las tres disfrutábamos con la crítica a las ciencias humanas y a muchas de sus pretensiones, Carmen y yo le parecíamos a Charo defensoras de la analítica y del positivismo. Casi nos pegábamos en las comidas por culpa del método científico. Y además para colmo Carmen y yo admirábamos a Piaget. Cuando yo defendía que el primer estructuralista era Piaget, porque su lógica era estructuralista, y el estructuralismo antes de la lingüística procedía de la matemática, se formaba el lío.

Juntas las tres trabajamos con Mariano Peñalver el *Anti Edipo* de Guattari y Deleuze (años después Charo estudiaría un tiempo en París con el último).

La casa de la Avenida se convirtió de nuevo en centro de reunión, ahora de estudiantes y profesores de la Facultad, en torno a la crisis del sujeto. Y yo llegaba diciendo: “Pero ¿de qué sujeto habláis? ¿Dónde está ese sujeto?”. Y ello me acarrea las iras de los admiradores de Charo, mientras ella y Mariano Peñalver me trataban con indulgencia: “la lógica”. Porque a pesar de nuestras discusiones ella siempre me decía que yo era como Mary Poppins, que cuando llegaba empezaban a pasar cosas inverosímiles.

La filosofía de la sospecha la llevó siempre al plano personal. “Romper el discurso establecido”. Estaba contra todos los tópicos y los combatía con un apasionamiento a veces casi irritante. Nadie escapaba a su lupa exploradora, ni sus amistades ni su familia, ni siquiera Freud. “Mucho cuidado con Freud” decía agitando el dedo en reuniones del círculo lacaniano que la adoraba. Como sus discípulos en general.

Allí en los cursos de doctorado estaba Miguel Ferrer, el biólogo, empeñado asombrosamente en aplicar el método foucaultiano al evolucionismo. “Pensar lo impensado”, uno de sus lemas que conseguía inculcar en los demás.

Charo (como Sócrates) no ha muerto de muerte natural. Charo ha caído fulminada por un rayo que ha sido la muerte de su hija (“que era mayor que ella”). Su marcha, tras sus pasos, a lo que (yo pienso) era para ella el misterioso más allá nietzscheano, el espacio-luz, nos ha dejado, aparte de lo afectivo, un paradójico vacío sólido. El sólido vacío del agujón socrático.